

VIDKUN QUISLING, cruzado del Norte

Por VICENTE TALON

NO vengarse de ninguno y no odiar a ninguno», fueron las últimas palabras del condenado a muerte. Después, cercano ya el piquete, el muro gris, chorreante de frío y humedad, contra el que debía de ser fusilado: cercano la voz del oficial que habría de mandar las breves pero aterradoras maniobras de la ejecución: tal vez resonándole en los oídos la dulce recomendación postrema con que el sacerdote se dirigía a su alma, de eterno religiosa y valiente, el condenado tuvo un pensamiento que súbito encañonó hacia los que le acompañaban:

—¿Dónde están las flores de María?

Humedecido aún por el llanto de su mujer, el ramillete de flores, que a título de última voluntad se le había concedido llevar hasta el suplicio, fué depositado entre sus manos. Sobre el viejo castillo de Oslo, las campanadas de las dos de la madrugada resonaron. Frío y oscuridad. Las luces de los barcos anclados en el puerto rasgan el manto de la noche con sus puntitos alegres. Sueña una descarga. Sobre las losas del patio del viejo castillo, rodeado de flores, bañada la pálida faz un hombre.

Así murió, ahora hace catorce años, el que fuera jefe nacional de Noruega, Vidkun Quisling, sobre cuya vida pesó en todo momento un sino trágico que habría de llevarle no sólo al fusilamiento, sino que también envolvería su figura con la ignominia de una traición a la patria, de cuyo delito jamás fué reo ante Dios y sí ante la mezquindad de unos pobres desgraciados, que, entogados con mantos de ciencia, habrían de juzgarle de cara a un mundo mitad espantado y mitad conforme con la orgía de asesinatos que siguió a la victoria democomunista de 1945.

Noruego por encima de todo, Quisling favoreció en mil ocasiones la huida de sus compatriotas cuya vida pudiera estar amenazada por el régimen de ocupación alemán. Gobernó durante tres años, manteniendo una postura estrictamente



Vidkun Quisling. Caudillo de Noruega.

nacional, por lo que llegó a negar su colaboración y amistad a los destacadamente proalemanes y su organización política—la National Samlings—no dejó de tener conflictos con los noruegos de las S. S., más vecinos doctrinalmente al ideario hitleriano, con el que no comulgaba demasiado el espíritu de Quisling.

«El estuvo al lado de los alemanes—me decía recientemente el Jefe del Movimiento Neosueco, doctor Per Engdahl, que le conoció en 1943, en Oslo—, pero defendió siempre una postura nacional noruega. Ha sido, sin duda, un patriota maravilloso, inteligente, humano, afable. Un verdadero tipo nórdico.» «Cuando se trate de salvar noruegos—había dicho en más de una ocasión—, estaré contra todos; incluso contra los alemanes.»

Sólo a los dos años de pronunciadas estas palabras, un Gobierno de «coalición» hundía en su pecho las balas del rencor. Para la Historia quedaba Quisling inmolido de bruces sobre el suelo. Bañado en sangre y cubierto de flores, como los antiguos mártires cristianos de la Roma pagana. Quedaba con la constancia, reflejada en la serenidad de su rostro muerto, de que llegaría el día en que Noruega reconocería la justeza de la causa de que había sido Caudillo y sus compatriotas aprenderían a entender a aquellos que, tras la rendición de 1940, escogieron la senda más difícil: aquella de quedarse en la patria, y no en el cómodo exilio, para salvar del naufragio tablas y despojos con que fabricar una nueva nave sobre la que asentar el Estado e izar el pabellón de la cruz azul, nimbada de blanco sobre fondo rojo.

Hoy, que tanto hablan de anticomunismo los que nunca han hecho armas contra él, debe de recordarse que hay en Rusia varios millares de tumbas noruegas. Y esos soldados noruegos que en Rusia cayeron por la libertad de Europa y el fin del comunismo eran cruzados de una Causa, de una Bandera y de un Caudillo: Vidkun Quisling.